

Historia Insólita
increíble pero cierto

Fraudes
engaños
y timos
de la historia

Gregorio Doral

 nowtilus
saber

Colección: Historia Insólita

www.historiainsolita.com

Título: Fraudes, engaños y timos de la historia

Autor: © Gregorio Doval

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Diseño de colección y cubierta, realización y maquetación: eXpresio, estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-201-4

Fecha de edición: noviembre 2011

Impreso en España

Imprime: Imprenta Fareso

Depósito legal:

*A Máximo, del que no espero engaño alguno
porque nació de la verdad. Gracias.*

Fraudes **engaños** *y timos* de la historia

Prólogo	11
1. Trampas, trucos y triquiñuelas	15
2. Engaños y fraudes históricos	49
3. Otros engaños diversos	71
4. Fraudes científicos	91
5. Engaños médicos	133
6. Falsificaciones, plagios y otros fraudes artísticos	155
7. Estafas, fraudes y timos	183
8. Adivinos, curanderos y otros charlatanes	221
9. Impostores, farsantes y dobles vidas	263
10. Bromas, inocentadas y engaños benignos	319
Bibliografía utilizada	345

Prólogo

La colección HISTORIA INSÓLITA presenta una multitud de sucesos increíbles, pero ciertos; o creídos, pero falsos; incluso, legendarios, pero curiosos... Una multitud de acontecimientos gratamente curiosos, sorprendentes y ejemplares que la historia oficial y ortodoxa generalmente suele dejar de lado y que ponen en cuarentena lo que creíamos saber, pero lo hace de una forma divertida, por cuanto insólita; amena, por cuanto informativa, e instructiva, por cuanto rigurosa.

Según se vayan desgranando los distintos volúmenes, la colección se irá poblando de todo tipo de seres excéntricos y extravagantes, simpáticos u odiosos, perversos o lascivos, despistados o meticulosos..., de los que conoceremos su vida y, en muchos casos, su extraña o chocante muerte. En HISTORIA INSÓLITA se irán dando a conocer casos y cosas fuera de lo común, en forma de casualidades y coincidencias, errores y gazapos, timos y fraudes, enigmas y quimeras, locuras y extravagancias, falsedades y mentiras, depravaciones y lujurias... Podrá decirse, tal vez con razón, que en este poliédrico y multifacético rosario de hechos se ensartan pocas perlas y mucha bisutería. Es cierto. Es conscientemente bisutería histórica porque sólo pretende adornar la riqueza cultural de sus posibles lectores; no, desde luego, amueblarla ni ennoblecerla. Pero no por ello se ha de entender como un mero museo de monstruos ni como un muestrario de excepciones. En realidad, sólo presenta ejemplos históricos extremos de comportamientos y sucesos muy comunes y habituales.

Se narrarán sucintamente las increíbles biografías de personajes tan extraordinarios como Lady Godiva, la Monja Alférez, Sissí, Lawrence de Arabia, Billy El Niño, Iván El Terrible, los Borgia o el marqués de Sade; se detallarán inusitadas historias como la conquista del imperio de los incas, la infame subasta del trono imperial de Roma, las supuestas excentricidades de Nerón y las singulares peripecias eróticas de Cleopatra, Mesalina, Mata-Hari, Eloísa y Abelardo y otros muchos. En sus páginas también se detallarán cuestiones tan dispares como el casual descubrimiento de la cueva de Altamira, el imperecedero mito de Eldorado, las estrambóticas profecías sobre el fin del mundo, la hipotética fecha y hora de la Creación o la repetida venta de la Estatua de la Libertad. Se contará cómo perdió los brazos la Venus de Milo y cómo nacieron los premios Oscar. Se hablará del acorazado que se hundió alcanzado por uno de sus propios torpedos o el caza que se autoderribó. Se esclarecerán las indescifrables predicciones del Oráculo de Delfos, los misterios de la Isla de Pascua, la Maldición de los Faraones, por qué se inclinó la Torre de Pisa, quién dio el erróneo nombre de América al Nuevo Mundo, cuándo comenzó la plaga de conejos en Australia o cómo fue posible que un guardabosques sobreviviera a siete rayos. Asimismo, sabremos cómo se inventaron la guillotina, las patatas chips, el perrito caliente, el WC y el papel higiénico, el crucigrama, el sello de correos, el bikini o el condón;



o qué origen tienen palabras como «boicot», «silueta», «sándwich», «linchamiento» o «restaurante»; o bien quiénes fueron los primeros siameses, el primer fumador europeo y la primera vampiresa del cine; o en qué personas reales se basan los personajes ficticios de Tarzán, Robinson Crusoe, Drácula, el Tío Sam, la Dama de las Camelias, Sherlock Holmes o Santa Claus; o cuál fue la primera huelga de la historia, si Shakespeare escribió realmente sus obras o cuándo se utilizó por primera vez la clave SOS. Se podrá saber que más de una vez ha llovido ranas o sangre; que el zar Pedro I gravó con un impuesto a los barbudos, o que alguien cree que en la Biblia se habla del SIDA. Se podrán conocer las extraordinarias historias del bailarín sin piernas, los ansiosos comedores de caucho o de bicicletas, las mujeres barbudas, el jugador de béisbol manco o aquellos mellizos que nacieron con cuarenta días de diferencia. Incluso será posible enterarse de que Cervantes y Shakespeare murieron en la misma fecha, aunque no en el mismo día; que no son pocos los personajes de quienes se cree que han muerto literalmente de risa; que Isaac Newton era tremendamente despistado; que Aristóteles mantuvo teorías absurdas, o que, por ejemplo, se conservan numerosas reliquias de Napoleón (incluido su pene que, por cierto, es una birria al lado del de Rasputín).

En esta colección de obras desinhibidas y amenas, pero rigurosas y didácticas, sí importarán las nimiedades, entendidas como argumentos con que demostrar que el ser humano, cuanto más solemne es, más ridículo resulta; cuanto más angustiado está, tanta más astucia desarrolla, y cuanto más relajado e íntimo, más grotesco. Se demostrará que no es raro encontrar, tras cada hecho histórico, una verdad que sonrío y, tras cada gran personaje, una sombra bufa o un demonio doméstico. Y se llegará a la conclusión de que nada parece lo que es ni nada es lo que parece, y de que nada resulta más común que lo sorprendente.

En definitiva, la colección HISTORIA INSÓLITA reflejará la pequeña historia vista desde las bambalinas, mostrando a las claras todas sus miserias, falsedades, misterios, bajezas, extravagancias, casualidades y sorpresas.

En este nuevo volumen dedicado a desvelar los entresijos generalmente ocultos de la historia oficial y, en este caso, en exclusiva a los fraudes, estafas, timos y demás engaños históricos, se ofrece un amplio, variado y sorprendente catálogo de trampas, trucos y triquiñuelas; fraudes científicos, médicos y artísticos; falsificaciones, plagios y pastiches; estafas, fraudes y timos, aunque también hay bromas, inocentadas y engaños benignos.

En sus páginas se agolpan las referencias a los más desaprensivos y falsarios adivinos, curanderos, charlatanes y demás vendedores de humo; a los más desalmados, pero también más inventivos, audaces y geniales impostores, farsantes y tipos con dobles vidas, y, en general, a todos los que han tratado y en muchos casos durante un tiempo han vivido de los demás.

Es, pues, un divertido muestrario de los mayores engaños intencionados y documentados de la historia, de docenas y docenas de tretas y artimañas utilizadas, en las circunstancias más diversas, para hacerse rico, cubrirse de gloria, salir de un apuro o sobrevivir a un riesgo mortal.

Se habla, por ejemplo, del médico holandés Boerhaave que legó al morir el libro sellado *Los secretos más exclusivos y más profundos del arte médico*, luego subastado a muy buen precio, pero que, al abrirlo, sólo contenía, junto a sus páginas en blanco, un único y escuálido consejo: «Conserve la cabeza fresca, los pies calientes y hará empobrecer al mejor médico del mundo».

También se cuenta el caso de Nostradamus «el Joven», hijo aprovechado pero poco dotado del otro Nostradamus, «el de siempre», que pronosticó en 1568 el sitio y la destrucción por incendio de una villa parisiense y, al ver que su predicción estaba lejos de cumplirse, intentó provocar el incendio él mismo, hecho que descubrió el dueño de la villa, el cual allí mismo le mató, pisoteándolo con su caballo.

Se cuenta, entre otras muchas anécdotas sorprendentes, que hace poco menos de un siglo se comercializó en Estados Unidos un aparato revitalizador consistente en una linterna eléctrica unida a una varilla también eléctrica que se introducía por el ano del usuario, provocándole unas descargas y, según el vendedor, que recuperase las fuerzas.

Y también se narra con detalle la extraordinaria peripecia de timadores tan sobresalientes como el checo Victor Lustig, quizás el más audaz y mejor embaucador de todos los tiempos, que fue capaz de llevar a cabo hazañas tan significativas como estafar al capo mafioso Al Capone y salir no sólo indemne, sino con un nuevo amigo fiel y protector para toda la vida, o la de vender varias veces seguidas la Torre Eiffel de París como chatarra.

Desfilan por sus páginas, en fin, una larga y diversa parada de científicos y artistas que, más que perseguir la verdad, hacen que esta los persiga a ellos; de desaprensivos de los que, como el célebre empresario circense Phineas T. Barnum (un convencido de que hacer negocios consiste sólo en quitarle el dinero a los demás), opinan que «cada minuto nace un primo» o que «a la gente le gusta que la engañen». Timadores para quienes, como para el trilerero del Salvaje Oeste norteamericano Canada Bill, «es inmoral dejar que un imbécil se quede con su dinero».

Gregorio Doval



Historia Insólita
increíble pero cierto



Trampas, trucos y triquiñuelas

Algunos de los mensajes secretos de Felipe II (1527-1598) se escondieron utilizando tinta invisible. La técnica usaba vitriolo romano (sulfato) pulverizado y mezclado con agua. Con este líquido se ponía sobre el papel el mensaje a enviar y, una vez hecho, se escribía encima el texto visible usando una solución de carbón de sauce con agua. Es obvio que capturar a un correo o a un espía con un papel en blanco despertaría ciertas sospechas. En cambio, capturarlo con un papel con un escrito sin importancia no hacía recelar. Así, el texto de carbón actuaba de despiste en caso de ser capturado el mensaje y el verdadero contenido, el importante, permanecía oculto. Cuando el mensaje llegaba a su destino y se quería leer el texto secreto escrito con la solución de sulfato, se frotaba el papel con una sustancia llamada galla de Istria y así el texto oculto se hacía visible, mientras que lo escrito con la solución de carbón de sauce se oscurecía.

Campeñas de una localidad de la sureña provincia turca de Antalya encontraron en el boicot sexual la mejor manera de lograr que finalmente el agua llegase hasta sus hogares. Hartas de cargar durante años con baldes de agua, las mujeres de la localidad de Sirktoy decidieron no tener relaciones sexuales con sus maridos hasta que construyeran un sistema de tuberías desde el río a sus hogares que les evitase sudor y caminatas. Tan peculiar «huelga de sexo» llamó la atención de las autoridades, que se comprometieron oficialmente a resolver el problema mediante la orden de construcción de ocho kilómetros de tuberías para traer hasta Sirktoy el vital líquido desde un cercano río.

Cuando despertaron los soldados ingleses que luchaban en los territorios coloniales norteamericanos durante la guerra de Independencia, se sorprendieron de ver cañones apuntando a Boston. El general George Washington estaba dispuesto a presentar una dura batalla. Pero los británicos, no. Así que decidieron no luchar y diez mil hombres y doscientos barcos de guerra abandonaron Boston sin disparar un solo tiro. Pero lo que los británicos no sabían es que el general Washington se estaba «tirando un farol». Aunque pareciera lo contrario, la potencia del Ejército americano no era tal pues carecía de un elemento clave para la batalla: pólvora. Los americanos tenían muy poca pólvora y, en caso de batalla, no hubieran podido disparar más que unos pocos cañonazos. Los británicos no lo sabían y en menos de dos semanas abandonaron Boston por mar.

Cuenta Juan Eslava Galán en su libro *Los años del miedo* que Franco se las apañó una mañana lluviosa para quedar por encima de sus generales. El 1 de abril era en la España franquista festivo ya que era el Día de la Victoria, es decir el aniversario del fin victorioso para Franco de la Guerra Civil. Todos los años, en esta fecha, se organizaba un enorme desfile militar. En 1944, Franco decidió dejar su sitio habitual y participar de forma activa en el



desfile, a caballo, por supuesto, ya que su altura no le permitiría hacerlo gallardamente a pie. Al lado de él cabalgarían otros generales y militares. Pero el destino quiso jugarle una mala pasada al caudillo y amaneció lluvioso. Viendo el panorama e intuyendo los problemas de su caballo sobre el suelo mojado de las calles madrileñas, el generalísimo ordenó colocar herraduras de goma a su montura. Hombre precavido vale por dos. Durante el desfile, Franco permaneció sobre su caballo sin problemas, gallardo, señorial, dominante... , mientras sus generales y compañeros tenían problemas con los resbalones y pasos en falso de sus animales.

A la edad de cuatro años, en febrero de 1914, May Pierstorff, una niña de Grangeville (Idaho) pidió a sus padres visitar a su abuela en Lewiston, a más de ciento veinte kilómetros de distancia. Pero como el billete de tren era muy caro, optaron por buscar una alternativa. Enterados de que no había ninguna regla específica que prohibiera enviar



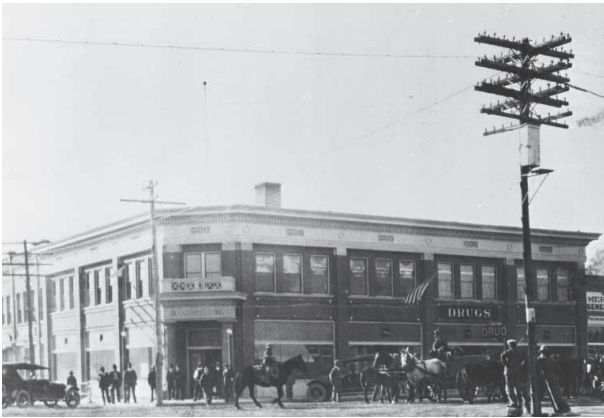
a personas como paquetes postales, eligieron ese sistema. Así, pocos días después, el 19 de febrero de 1914, los padres de May presentaron un paquete en la oficina de correos de Grangeville que pesaba veintidós kilos exactos, algo menor al límite permitido de 22,68 kilos (cincuenta libras). El franqueo, de cincuenta y tres céntimos en sellos, iba adherido al abrigo de May. La niña viajó en el compartimiento de correo del tren y, una vez que llegó a su destino en Lewiston, fue entregada sana y salva en casa de su abuela por el cartero de turno, Leonard Mochel.

En suceso parecido ocurrió en 1849, cuando el esclavo Henry «Box» Brown, ayudado por las redes abolicionistas, se envió a sí mismo por correo a Filadelfia, en un viaje de unos cuatrocientos cuarenta y dos kilómetros que tardó unas veintiséis horas. Brown viajó todo ese tiempo en una caja, para colmo, bocabajo.

Un caso más reciente ocurrió en 2003, cuando Charles McKinley quería visitar a su familia en la localidad tejana de Desoto durante sus vacaciones y, para ahorrarse los billetes de avión, se envió a sí mismo en una caja, el 5 de septiembre, a bordo del avión de Nueva York con destino a Dallas. No fue capturado por las autoridades hasta que, cerca de su destino, el repartidor llamó a la policía porque «había visto un par de ojos mirando desde el interior de la caja».

Según los que trabajaron con él, el cineasta aragonés Luis Buñuel (1900-1983) tenía por costumbre comprar relojes de cadena baratos en los mercadillos. Luego, en los rodajes, cuando las cosas iban mal, cogía una de esas baratijas y la estrellaba contra el decorado. Calmado, decía lo siguiente sobre la procedencia del reloj: «Ha pasado por todos mis antepasados y me lo regaló mi abuelo antes de morir. ¿Os dais cuenta de lo que me habéis hecho hacer?». Al parecer, tras esta escena, todo iba como la seda.

Cuentan Plinio y Petronio que en la época del emperador romano Tiberio (42 a. C.-37) un hombre logró hacer maleable el vidrio. Un día, el emperador lo visitó en su taller. En su presencia, el sabio procedió primero a abollar un recipiente de vidrio y luego, sorprendentemente, logró repararlo con algunos golpes de martillo. El soberano se quedó perplejo ante aquella maravilla. Pero pronto reaccionó y le dijo: «¿Quién otro conoce el secreto de esta composición?». Y agregó, tras una pausa: «Piensa bien tu respuesta». «Nadie más que yo», respondió el artesano. Satisfecho por la respuesta, Tiberio lo mandó decapitar.



El Banco de Vernal en Utah pasa por ser el mayor objeto enviado por correo postal ordinario en la historia. El 1 de enero de 1913, el Servicio Postal fue inaugurado en los Estados Unidos. Los habitantes de las zonas rurales y de las nuevas ciudades del territorio colonizado aprovecharon especialmente la comodidad que ofrecía este nuevo servicio postal para obtener sus productos al precio de mercado.

Así que pronto se convirtió en uno

de los motores de la microeconomía estadounidense del momento. W. H. Coltharp, un joven hombre de negocios de la ciudad de Vernal, Utah, quiso construir un edificio y dedicárselo a la memoria de su padre. Consultando con los bancos locales, Coltharp adquirió un terreno en una de las zonas más comerciales de la localidad y elaboró un proyecto para la remodelación completa del edificio existente. Enseguida consiguió un buen precio en la partida de ladrillos destinada a su construcción gracias a sus contactos en la Salt Lake Pressed Brick Company, firma dedicada a la venta de materiales de construcción con sede en las proximidades de Salt Lake City, a unos ciento noventa y tres kilómetros de Vernal. El problema surgió cuando calculó los costes de transporte de los ladrillos. El precio de fletar un barco multiplicaba por cuatro su coste. Fue entonces cuando se le encendió una bombilla... Como conocía los precios más que populares que el Servicio Postal tenía en la ciudad para implantar su servicio, decidió mandar todos los ladrillos (ochenta mil) por correo, siempre ateniéndose a las estipulaciones normativas del servicio. Para ello tuvo que embalarlos cuidadosamente en cajas de peso inferior a veintidós kilos, y sin enviar más de cuarenta cajas al mismo tiempo, lo que suponía un máximo de novecientos kilos por envío. La ruta que siguieron los ladrillos fue la marcada por las líneas de correo postal, y no el camino más corto. De hecho, los ladrillos fueron enviados a Mack (Colorado) utilizando el ferrocarril de Denver y río Grande; de ahí pasaron a Watson (Colorado) en otro ferrocarril de vía estrecha. Finalmente, las últimas sesenta y cinco millas se recorrieron en vagones de mercancías convencionales. En total, seiscientos cincuenta kilómetros, más del triple que la distancia real. El edificio se completó por debajo del presupuesto previsto y todos los ladrillos fueron enviados con éxito. Después de esto, la compañía postal decidió cambiar la normativa en cuanto a los envíos, para que nunca se volviese a repetir algo así. Los vecinos apodaron el edificio Banco Parcel Post, en referencia a la compañía postal que realizó el traslado. Hoy en día, sigue en pie como sede del Zion's Bank.

Del estadista y general ateniense Alcibiades (h. 450-404 a. C.), sobrino de Pericles (o, según otros, nieto) y discípulo de Sócrates, cuenta la leyenda que era tan narcisista y coqueto que se negaba a tocar instrumentos de viento porque estos deforman el rostro de los ejecutantes, y especialmente la boca; por eso él prefería tocar la lira. Del mismo Alcibiades se cuenta, para ejemplificar el talante de su gobierno, que en cierta ocasión compró un magnífico perro por siete mil dracmas y después de admirarlo toda la ciudad, ordenó que le cortaran su hermosa cola para que los ciudadanos continuaran hablando de él (y así, de paso, olvidasen la mala gestión de su amo).



Durante la prohibición alcohólica impuesta en los Estados Unidos por la llamada Ley Seca se calcula que hubo en aquel país más de doscientas mil tabernas ilegales. Solamente en la ciudad de Nueva York, unos treinta y dos mil establecimientos clandestinos continuaron con el negocio que antes de la prohibición atendían no más de quince mil tabernas. Por entonces se vendían unos paquetes de zumo de frutas en los que se podía leer el siguiente mensaje: «Atención: el contenido de este paquete no debe ponerse en una vasija de barro, mezclado con levadura y ocho litros de agua, porque entonces se obtendría una bebida alcohólica cuya fabricación está prohibida».

Durante la Segunda Guerra Mundial no sólo se libró una guerra cuerpo a cuerpo en el campo de batalla, sino que también hubo una guerra psicológica en la que participaron tanto alemanes como aliados. La guerra psicológica fue más «sucía» entre los años 1940 y 1941, cuando existía la probabilidad clara de una invasión alemana, por mar, a Inglaterra. Fue entonces cuando los ingleses agudizaron su ingenio y crearon un programa de radio, en la BBC, en el que su locutor, un inglés que hablaba perfectamente alemán, se hacía pasar por uno de ellos exiliado en Londres. El locutor, Sefton Delmer, realizaba su programa íntegramente en alemán, «supuestamente» con la intención de animar a sus compatriotas en el frente. Pero nada más lejos de la realidad: su verdadero cometido era minar la moral de los soldados alemanes. El programa se convirtió en un éxito entre los alemanes destacados en Francia. Delmer enseñaba inglés a los crédulos alemanes para que pudieran desenvolverse sin problemas al llegar a Gran Bretaña. Cuando llegó el momento en el que la invasión parecía más probable, los británicos empezaron a propagar el bulo de que ellos mismos habían llenado sus costas de defensas. Defensas que incendiarían utilizando una gran cantidad de combustible sobre el agua para quemar cualquier barco que intentase

desembarcar e impedir así la invasión. A ello contribuyó el programa de radio: su director fue enseñando a los alemanes a pronunciar «Mi sastrer es rico», «Amo a mi mamá», «Estamos cruzando el canal», «Navegamos en una lancha de desembarco», «No estamos lejos de la playa», «Yo me quemó, tú te quemas, él se quemá...», «Nuestro capitán de las SS está ardiendo de la cabeza a los pies»... En la misma onda, durante la Segunda Guerra Mundial, uno y otro bando se dedicaron a intentar minar la resistencia de los soldados y civiles del bando contrario con operaciones de la llamada propaganda negra. Por ejemplo, Alemania tenía varias radios clandestinas emitiendo para Londres que abarcaban espectros ideológicos diversos: las emisoras «comunistas» atacaban a las élites dirigentes y las emisoras «cristianas» abogaban por la paz, aunque, en realidad, todas eran un instrumento del Ministerio de Propaganda de Goebbels. Los ingleses, por su parte, emitían supuestamente programas realizados por miembros del Ejército alemán descontentos con la jerarquía nazi.

Seguramente la campaña que tuvo más éxito fue la que promovió la simulación de enfermedades y que enseñaba a los soldados y obreros alemanes, y a los de otras nacionalidades, cómo engañar a los médicos para que les diesen una baja por enfermedad. Por ejemplo, en 1943, la emisora holandesa de Londres emitió el siguiente consejo destinado a los trescientos mil holandeses condenados a trabajos forzados en Alemania: «En sonarse la nariz se tarda sólo un cuarto de minuto. Pero si esta higiénica operación se ejecuta con la debida propiedad, puede consumir un minuto entero. Si trescientos mil hombres se suenan la nariz con frecuencia, tanto si lo necesitan como si no, Hitler perderá miles de horas de trabajo, según los cálculos más bajos». Hacia julio de 1944, los documentos capturados a los alemanes señalaban la amplitud que había alcanzado la simulación de enfermedades, que esta aumentaba cada vez más y que causaba una gran preocupación en el cuerpo médico de la Wehrmacht. A todas las zonas militares se les ordenó que remitiesen regularmente «las cifras de estos simuladores que actuaban siguiendo las instrucciones difundidas por el enemigo». La base de esta campaña era un folleto de instrucciones que se divulgó ampliamente por toda Europa. La primera edición constaba de sesenta y cuatro páginas, pero con el tiempo llegó a las ciento cuatro. El título original era *Krankheit rettet* ('La enfermedad salva'), pero al poco tiempo se difundió disimulado, como si fuese otro tipo de publicación alemana (por ejemplo, un manual de la armada sobre deportes, un horario de trenes o un diccionario francés-alemán). En total se imprimieron más de veinte ediciones diferentes. La portada y las primeras páginas eran idénticas a las de las ediciones simuladas. Una de ellas imitaba uno de los librillos de papel de fumar más conocido de Alemania y el texto impreso estaba oculto bajo una capa de papel de liar auténtico. Las instrucciones no sólo explicaban cómo fingir ciertos síntomas (a veces con la ayuda de medicinas o productos químicos), sino también cómo actuar ante el médico: «Los simuladores de enfermedades deben dar al médico la impresión de que son ciudadanos patriotas dedicados a sus obligaciones y que, debido a la mala suerte, se han puesto enfermos... Nunca hay que decirle al médico que se está enfermo, que se padece cierta enfermedad concreta u ofrecer voluntariamente ciertos síntomas. Un único síntoma que el médico haya descubierto gracias a las preguntas que haga vale diez veces más que todos los que declare el paciente». El objetivo de la campaña no era

sólo el fomento de la simulación de enfermedades, sino también obligar a los médicos alemanes, advertidos de la existencia del manual británico, a sospechar que había engaños donde no los había. También se esperaba que mandaran de vuelta al servicio activo a gente enferma de verdad, propagando posiblemente enfermedades contagiosas y, ciertamente, fomentando el descontento. Una opción radical que les quedaba a los soldados era infligirse heridas a sí mismos. El supuesto autor del folleto, un tal Dr. Wohltat ('Dr. Bienhechor'), les aconsejaba cómo hacerlo sin dejar rastros de pólvora en la herida (disparando a través de una rebanada de pan). A juzgar por los numerosos informes y órdenes de la Wehrmacht sobre este tema, la simulación de enfermedades y, sobre todo, la automutilación eran un problema habitual en algunas unidades, a pesar de que esta última conllevaba automáticamente la pena de muerte. Incluso después de la guerra hubo una gran demanda de la obra del Dr. Wohltat: tanto en Gran Bretaña como en Alemania, los gorriones que querían vivir a costa de la Seguridad Social se convirtieron en sus más fervientes lectores.

22

Durante los procesos por brujería de Salem, Massachusetts, llevados a cabo entre febrero de 1692 y mayo de 1693, entre ciento cincuenta y doscientas personas fueron detenidas y encarceladas en medio del delirio y la histeria religiosa colectiva de la comunidad y de jueces puritanos que sospechaban de sus vecinos y veían signos de brujería y contactos demoníacos en ellos sólo por no ajustarse a los parámetros religiosos puritanos. Se estima que al menos cinco de los acusados fallecieron en prisión y que todos los que fueron a juicio (cerca de veintiséis) fueron condenados a la horca por el tribunal (y no a la hoguera, como se suele decir), en un proceso basado únicamente en rumores y chismorreos y sin ninguna garantía legal para los acusados de brujería. Uno de ellos era Giles Corey, un anciano granjero de ochenta años que se negó a prestar declaración ante los cargos que le imputaban y a solicitar juicio, por lo que según la ley del momento no podía ser procesado penalmente. Pero la ley también dictaba que los que se negasen a prestar declaración debían ser sometidos a la brutal tortura llamada *peine forte et dure* o «la tortuga», hasta que confesasen un motivo por el que pudiese ponerse en marcha el juicio o solicitaran el mismo. Vamos, que si no declaraban voluntariamente, lo harían bajo tortura, y una vez en juicio muchos testigos de Salem declararían en su contra, por lo que la horca estaba asegurada. Esto lo sabía Corey, pero también sabía más cosas. La tortuga era un método de tortura en el que al interrogado se le tumba en el suelo, poniéndole un tablón encima del pecho y se empieza a acumular gradualmente peso durante horas o días hasta que se compromete a presentar su declaración e iniciar el juicio. Allí pusieron a Corey el 17 de septiembre de 1692 y comenzó la tortura. El juez la paraba ocasionalmente por si Corey deseaba confesar, pero las únicas palabras que conseguía arrancar de su boca eran: «¡Más peso!, ¡más peso!». Los torturadores y el juez pensaron que los gritos de Corey eran fruto

de alucinaciones causadas por el dolor y la asfixia, pero el tiempo pasaba y se iban añadiendo más piedras sin resultados. Todo en vano. Corey repetía una y otra vez: «¡Más peso!, ¡más peso!». Finalmente, después de dos días de tortura, Corey falleció por asfixia y aplastamiento. Fue una manera de dejar el mundo un poco más desagradable que la horca pero con una gran ventaja que Corey conocía bien: según la ley inglesa, como Corey no había sido condenado a muerte en un juicio (ni siquiera llegó a ser procesado al no «confesar»), sus propiedades pasaron a sus familiares, según su testamento, en vez de ser confiscadas por el Estado.

El genial inventor estadounidense Thomas Alva Edison (1847-1931) estaba muy orgulloso de su residencia veraniega. Le gustaba pasear a sus visitantes por toda la propiedad y enseñarles todo. Un día, un amigo le dijo: «Querido Thomas, la puerta de entrada es difícil de abrir, deberías inventar algo para que sea más ligera... Por ejemplo, engrasarla». «No es posible, ven a verla». Le hizo observar un alambre que, saliendo de la puerta, se perdía en el jardín y añadió: «¿Ves? Este hilo mueve un mecanismo mediante el que, cada vez que alguien viene a visitarme, con el esfuerzo de abrir la puerta, saca del pozo del jardín algo así como ciento diez litros de agua. ¿Comprendes por qué es difícil de abrir la puerta?».

El 1 de junio de 1282 todo estaba preparado para que los reyes Pedro III de Aragón (1240-1285) y Carlos I de Sicilia (1226-1285) se batieran en duelo. Pero este no se llevó a cabo. Tras años de continuas batallas para ver cuál de los dos se hacía con la corona de Nápoles, finalmente Carlos desafió a Pedro a resolverlo mediante un duelo. Ambos debían de presentarse acompañados de cien hombres en un campo cercano a la villa y luchar hasta la muerte de todos. Pedro III llegó el primero, muy pronto, al lugar elegido y, como no encontró a nadie, se marchó, obligando a un notario a levantar acta de la ausencia (y, por tanto, derrota) del enemigo. Horas más tarde, aparecería Carlos de Anjou que, como tampoco encontró a sus contendientes, abandonó la escena. Algunos asegurarían después que la no coincidencia de ambos monarcas en el lugar del duelo obedeció a un pacto secreto.



El pirata inglés Barbanegra, el terror de los mares en el siglo XVIII, era famoso por el pavoroso humo negro que envolvía su rostro durante los combates. El truco era que escondía bajo el ala de su sombrero unas mechas de combustión lenta que encendía antes de abordar un barco enemigo.



En tiempos del tiránico emperador Conrado III (1093-1152), el Sacro Imperio Romano Germánico estaba desgarrado por las luchas entre güelfos y gibelinos. En 1140, el emperador puso sitio a la pequeña ciudad bávara de Weinsberg y, furioso por la obstinada resistencia, juró destruirla en cuanto la tomara. Desvió el curso del río que surtía de agua a la ciudad, e hizo que sus soldados impidieran el paso de las aves sobre el caserío, de modo que sus habitantes perecieran de hambre. Estos se negaron a rendir la plaza, pero, al cabo de unos días, la sed hizo presa de la población. Finalmente, los sitiados prometieron rendirse si eran tratados con benevolencia. Conrado III accedió a respetar la vida de las mujeres de la ciudad, permitiendo que se marcharan con todo lo que pudieran llevar consigo. Cuando al día siguiente se abrieron las puertas de la muralla, las mujeres salieron en largo cortejo, pero dejaron atónito al emperador, pues no iban cargadas con sus posesiones, como él esperaba. Cada mujer llevaba en su espalda el peso de su marido, hijo o padre. El emperador quedó tan sorprendido por tanta nobleza que perdonó la vida a todos los habitantes de Weinsberg.

El 21 de febrero de 1855, el ganadero francocanadiense Louis Remme birló a un banco doce mil quinientos dólares y lo hizo de forma totalmente legal, e incluso cabría decir que en defensa propia. Este habitante de Sacramento, California, hizo una mañana un buen negocio, al vender algún ganado por doce mil quinientos dólares. Por si acaso, se apresuró a ingresar el dinero en el cercano Adams & Company Bank, se compró un periódico y se fue a desayunar. Pero pronto se le atragantó el desayuno al leer que la oficina en San Francisco del Adams & Company Bank había quebrado. Enseguida reaccionó y, pensando que quizás tuviera tiempo para retirar el dinero

de la oficina de Sacramento antes de que también quebrase, salió a la carrera hacia la oficina. Pero cuando llegó a ella, se encontró con una muchedumbre rodeando la ya cerrada sucursal. ¿Qué podía hacer? Lo que fuera, porque no estaba dispuesto a perder su dinero, que tanto esfuerzo le había costado conseguir. Pensó en desplazarse con máxima urgencia a cualquier otra ciudad californiana en que hubiese oficina de ese banco, pero era seguro que todas estarían también cerradas. Su única solución era irse a Oregón y llegar antes de que las noticias alcanzasen aquel territorio. Al fin y al cabo, no había todavía líneas de telégrafo que uniesen ambos territorios y la noticia llegaría a Oregón a bordo del siguiente vapor que saliese de San Francisco. La única solución de Remme era llegar a Portland adelantándose al vapor que llevaría la noticia y retirar su dinero en la oficina local del banco antes de que eso fuera imposible. Remme cabalgó día y noche, cambiando de caballo en cuanto notaba que el que llevaba estaba algo cansado. Sólo durmió algún rato suelto y cuando ya no podía más. Comió montado para no perder tiempo. Y así durante seis días y seis noches. Al llegar a Portland, corrió hasta llegar a la oficina del banco, presentó su certificado de depósito y retiró su dinero, que le fue entregado sin mayores complicaciones. Había cabalgado unos mil setenta kilómetros sin parar (sólo había dormido diez horas) en ciento cuarenta y tres horas, a un promedio algo superior a los ocho kilómetros por hora. Al salir del banco, oyó que el vapor estaba atracando en ese mismo momento en el puerto. Menos de una hora después, la oficina en Portland del Adams & Company Bank cerró. Unos cuatro años después de aquella hazaña, Remme conducía una manada de vacas desde el río Rogue de Oregón a Yekra, California, cuando una tormenta de nieve le pilló inesperadamente en el camino. Remme murió congelado.

El 22 de diciembre de 1585 nació en la aldea de Weigelsdorf, en Silesia, Christoph Müller, un niño al que le creció un diente (un molar inferior izquierdo) de oro. Aunque se estimó que fue a los dieciocho meses cuando le apareció tal pieza dentaria, la noticia no se difundió hasta 1593, cuando contaba con ocho años. Estudiosos, médicos, filósofos y curiosos de la época corrieron a investigar el caso y así poder contar esta maravilla al mundo a través de libros y escritos. Uno de los que más empeño puso en explicarlo fue Jakob Horst, profesor de Medicina en la Universidad de Helmstedt, quien contactó con la familia del niño y le realizó a este una sencilla prueba que consistía en frotar sobre la pieza con una piedra de toque de las utilizadas en orfebrería para contrastar la autenticidad y la calidad de metales preciosos. Horst realizó la prueba y la piedra quedó marcada; por tanto, no había dudas, el diente de oro era real, aunque, por el trazo de la marca, el profesor pudo precisar que se trataba de oro de baja calidad. En 1595, Horst publicó un tratado de ciento cuarenta y cinco páginas sobre el caso, que tituló *De Aureo dente maxillari Silesii pueri* ('Del diente de oro del niño de Silesia'). Era tal el entusiasmo que le puso al tema que incluso atribuyó el origen del hecho a factores sobrenaturales. En su obra señalaba que el 22 de diciembre de 1585 coincidía con el solsticio de invierno

y además se había producido una inusual alineación de los planetas. En el momento del nacimiento de Christoph, el Sol se hallaba en la constelación de Aries en conjunción con Marte, Saturno y Venus. Gracias a esta favorable situación astrológica, los humores que nutrían el cuerpo del recién nacido funcionaban con tanta intensidad que segregaron, en lugar de masa ósea, oro puro. Pero ahí no quedaba la cosa, ya que Horst estaba convencido de que la aparición del diente de oro era un aviso del fin de la expansión del Imperio otomano e indicaba un próspero futuro al Sacro Imperio Romano Germánico. Por el hogar de los Müller fueron pasando ilustres investigadores a cual más entusiasmado con el caso. Centenares de curiosos peregrinaban hasta la aldea de Weigelsdorf para ver al famoso niño del diente de oro. Al igual que Horst, otros estudiosos del tema publicaron libros sobre el suceso. Martin Ruland trató de hallar una explicación racional, mientras que John Ingolstetter coincidía abiertamente con la versión de Horst de que la pieza había salido por causas sobrenaturales.

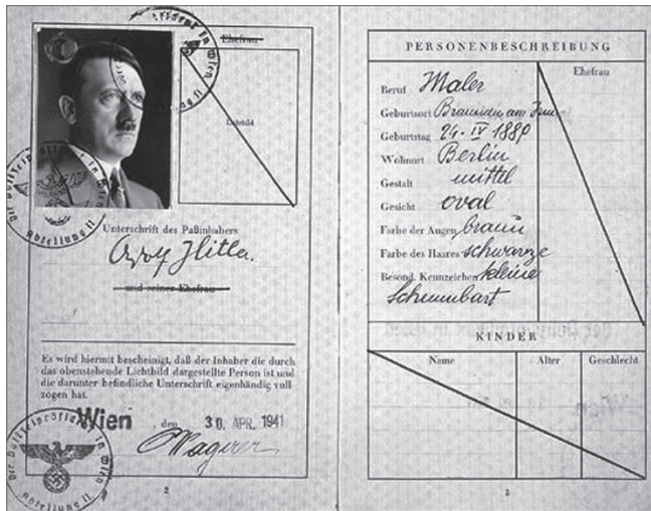
Pero no todo el mundo estuvo de acuerdo con la autenticidad del caso. Duncan Liddell, un médico escocés que residía en Helmstedt, no estaba convencido con las argumentaciones de sus colegas y comenzó a investigar por sí mismo, publicando el estudio *Tractatus de Aureo pueri Silesiani dente*, en el que trataba de demostrar que el diente de oro de Christoph Müller tenía que haber sido colocado por una mano humana. La primera de sus argumentaciones era que el 22 de diciembre de 1593 el Sol no se hallaba en la constelación de Aries, ya que esta no se produce hasta marzo. Liddell también publicó una carta escrita el 31 de diciembre de 1595 por Balthazer Caminæus, un médico de Fráncfort, en la que describía cómo el muchacho sólo mostraba la pieza dorada a aquellos que habían pagado previamente. El galeno Rhumbaum, en su exploración, había podido comprobar una pequeña y sospechosa grieta en el diente. El tiempo confirmó la hipótesis de Liddell. Con los años y la presión de la masticación diaria, se fue desgastando el suficiente oro como para revelar que se trataba de una simple y fina capa colocada sobre la pieza dentaria. Para que no se descubriese el engaño, el muchacho trató de ocultar el deterioro del diente negándose a mostrárselo a nadie más. En cierta ocasión se presentó un noble lleno de curiosidad por observar el prodigio del niño con un diente de oro. La soberbia del caballero, unida a su estado etílico, hizo que montase en cólera cuando el muchacho se negó a abrir la boca y mostrar su preciado interior. Consumido por la rabia, el hombre le asestó una puñalada en la mejilla causándole una importante herida. Cuando Christoph fue atendido por un cirujano para cortar la hemorragia y suturarle la herida, este descubrió el fraude y así se lo comunicó a las autoridades. El muchacho fue el único encarcelado en el caso, ya que el resto de familiares o parientes pudieron escapar antes de ser apresados. Tras saberse toda la verdad, los expertos determinaron que la placa colocada sobre el diente había sido una auténtica obra de artesanía y que quien ahí la colocó era un buen orfebre. Con el paso del tiempo, el diente de oro ha pasado a ocupar un lugar distinguido en la historia de la odontología, ya que es considerado como el primer caso documentado de corona dental.



Es difícil de creer pero el mecánico de aviación, de treinta y un años Douglas Corrigan (1907-1995) despegó a las cinco y cuarto de la mañana del 17 de julio de 1938 desde Floyd Bennett, Brooklyn (Nueva York), a bordo de su monoplano en lo que pretendía ser un vuelo solitario sin escalas a Los Ángeles, pero su avión aterrizó «por error» en el aeropuerto de Dublín, veintiocho horas y trece minutos más tarde. Lejos de hacerse famoso el vuelo como un error, aquel viaje se convirtió en una hazaña, y Douglas en un héroe para el pueblo americano. Según el piloto, había realizado un giro incorrecto y se había extraviado al no contar con una brújula. La historia, extraordinaria, no fue convincente para las autoridades de la aviación estadounidense, que habían rechazado sus reiteradas peticiones para ese vuelo porque su viejo cacharro no tenía equipo de seguridad, ni radio, ni instrumentos de navegación. Dichas autoridades no tardaron en suspender la licencia de piloto de Douglas, que regresó a los Estados Unidos en barco. La licencia la recuperaría días más tarde. Pero lo que no esperaban las mismas autoridades que le había denegado la licencia era el recibimiento dado al aviador, en el que se reunieron más de un millón de neoyorquinos en Broadway para homenajearle. Su «hazaña» caló hondo entre los estadounidenses, ya que era un piloto joven, con agallas y además había «engañado» a las autoridades utilizado para su proeza una avión que «casi» había construido con sus propias manos. Aquello hizo que «Wrong Way» Corrigan hiciera una gira triunfal por Estados Unidos y firmara contratos para la publicación de su biografía y una película, *El irlandés volador*, en la que se interpretaba a sí mismo.

El embajador y marino, que destacó al mando de galeras, Bernardino de Mendoza (1501-1557), escribió un tratado militar titulado *Teórica y práctica de guerra*. En él explicaba un método para poder enviar mensajes sin que estos corrieran el peligro de caer en manos del enemigo. Mendoza describía cómo unos pequeños cilindros de plomo, usados como continentes de un pequeño

papel con el texto escrito, podían ser ocultados por parte del mensajero para salvar un posible registro de su interior, literalmente. Este se tragaba el cilindro y así transportaba el mensaje de manera segura. El método era muy eficaz para sacar un mensaje de una ciudad sitiada, cuando normalmente cualquier persona que saliera solía ser registrada en busca de mensajes ocultos e, incluso, era frecuente que le lavaran el cuerpo para borrar posibles mensajes escritos con tinta invisible.



Este pasaporte falso de Adolf Hitler fue realizado por el Special Operations Executive británico, cuya labor principal fue la de organizar la resistencia en los países ocupados por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Aquel grupo especial reunía a una serie de agentes encubiertos o espías, y para ayudarles en sus misiones realizaba falsificaciones de documentos como pasaportes, licencias de armas de fuego, permisos de viaje y pases de trabajo. A menudo se hizo uso de las habilidades de falsificadores liberados de prisión. Después de la guerra, varios de estos documentos fueron conservados para ilustrar su trabajo y mostrar ejemplos de las perfectas falsificaciones que fueron capaces de hacer. Una muestra (no se sabe bien si como ejercicio práctico o como broma) es este pasaporte falso de Hitler, realizado en 1941 y desclasificado hace pocos años. Con la típica flemma británica se describe la ocupación de Hitler como «pintor», y entre sus rasgos físicos distintivos (sexo, color de los ojos, etc.) se recoge su «pequeño bigote». También pusieron en el pasaporte de Hitler una gran «J» de color rojo, reservada para los judíos en los auténticos pasaportes alemanes.

El empresario y filántropo escocés nacionalizado estadounidense Andrew Carnegie (1835-1919) era coleccionista de autógrafos y se dice que llegó a reunir la mejor colección de su época. Sin embargo, le faltaba el del naturalista alemán Ernst Haeckel (1834-1919) y se lo pidió a través de un alumno de este, al que conocía. Haeckel accedió enseguida y en el álbum de Carnegie escribió: «Ernest Haeckel agradece, conmovido, a Andrew Carnegie el microscopio que ha regalado al laboratorio de biología de la universidad». A Carnegie, un conocido avaro, no le quedó más remedio que regalar el microscopio. Tiempo después diría: «No sé si Haeckel es el personaje más importante entre aquellos cuyos autógrafos tengo, pero el suyo es el que me ha costado más caro».

El equipo de baloncesto del Real Madrid jugaba una eliminatoria de Copa de Europa a mediados de los años sesenta. El equipo español viajaba a la ciudad italiana de Varese con la consigna de sacar algo positivo y, si no era posible, traerse los mínimos puntos en contra para sentenciar en la capital. El partido contra el Ignis, su gran rival por entonces, anduvo igualado durante los cuarenta minutos, llegándose a los últimos cuatro segundos con el marcador empatado. Entonces, el entrenador madridista Pedro Ferrándiz (1928) pidió tiempo muerto. Los blancos sólo tenían a cinco jugadores disponibles, ya que el resto habían sido eliminados por faltas personales, incluido su pívot titular, el nacionalizado Clifford Luyk. Del quinteto superviviente, la mayoría estaban cargados de faltas y se preveía una prórroga complicada, en la que los merengues tendrían difícil mantener la igualdad en el marcador. En ese instante, Ferrándiz ideó una estratagema que se haría famosa: el Madrid sacó la pelota de banda y Alocén, sin darse excesiva prisa, anotó en su propia canasta por orden de su entrenador, perdiendo así sólo de dos puntos. Los árbitros no tuvieron más opción que dar validez a la canasta pese a lo extraño de la jugada. Todo el público celebró la canasta que daba la victoria a su equipo, pero a los pocos instantes se dieron cuenta de la maniobra del conjunto blanco y el enfado provocó que los visitantes tuvieran que salir del campo con protección policial. En la vuelta, el Ignis acabó sucumbiendo ante el poderío de los merengues, que así consiguieron solventar esta difícil eliminatoria. A partir de entonces, las canastas en propio campo dejaron de ser permitidas, por lo que «la canasta de Ferrándiz», como es conocida, sería la primera y la única de la historia del baloncesto europeo.

El español Ruy López de Segura (1540-1580), clérigo y confesor de Felipe II, fue considerado en el siglo XVI el mejor jugador de ajedrez del mundo. Escribió un famoso tratado sobre el juego, *Libro de la invención liberal y arte del juego del Ajedrez* (1561), en el que daba a conocer una nueva apertura, que desde entonces lleva su nombre. Además, el libro estaba lleno de consejos y trucos para que los jugadores ganasen las partidas y derrotasen a los contrarios. Algunos de ellos merecen ser reproducidos aquí por su curiosidad. Por ejemplo, acon-



sejaba sentarse de forma que el sol quedase a la espalda, para que así su luz deslumbrase y cansase la vista del contrincante; también realizar toda clase de gestos impacientes y, en general, todo aquello que pudiese alterar los nervios del contrario, como fumar tabaco de mala calidad y echar el humo a su cara.

30

En sus expediciones hacia el oeste del océano Atlántico en el siglo x, el navegante y conquistador escandinavo Erik «El Rojo» (950-1003) llegó a un territorio insular inmenso cubierto totalmente por hielo. Para promover la llegada de colonizadores de la cercana Islandia, decidió llamar a aquellas tierras Groenlandia ('País Verde'), en contra de lo que era evidente.

El explorador portugués Bartolomé Días (¿1450?-1500) iba al mando del primer barco europeo que logró doblar la punta sur del continente africano en 1488. En este viaje hubieron de sortear tan terribles oleajes que el navegante bautizó el cabo más prominente en la ineludible ruta hacia la India como Cabo de las Tormentas. A su vuelta a Portugal, el rey Juan II, deseoso de no desanimar a los futuros capitanes mercantes que tuvieran que transitar por esta ruta recién abierta, decidió rebautizarlo como Cabo de Buena Esperanza.

En 1943, los servicios de inteligencia británicos se dieron cuenta de que la moral alemana comenzaba a decaer, así que se les ocurrió la idea de crear y distribuir sellos falsos con la imagen de Heinrich Himmler. Se esperaba que esto provocara que los alemanes pensaran que este trataba de derrocar a Hitler, sembrando la sospecha entre los líderes nazis, e incluso en el propio *führer*. Himmler era el líder de las SS, enorme organización que casi era un Estado dentro del Estado alemán, y que controlaba, entre otros, la Gestapo y los campos de exterminio. Con tanto poder, bien pudiera estar pensando en traicionar a Hitler. Aunque los sellos falsos de Himmler llegaron a circular por Alemania, poco se sabe de la auténtica eficacia práctica del engaño.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el tifus era la enfermedad más temida por los alemanes. Su capacidad mortífera preocupaba sobremanera. El mayor error médico del Ejército fue conseguir desterrar la enfermedad de toda Alemania, impidiendo la formación de anticuerpos en la tropa nazi, lo que les dejaba vendidos e indefensos ante un posible contagio. En consecuencia, acotaban en cuarentena cualquier brote sospechoso de propagarse, lo que en la práctica suponía que en esa zona se suspendía la deportación y el reclutamiento para los campos de trabajo y exterminio de los judíos polacos. El médico polaco Eugeniusz Lazowski (1913-2006) era un convencido pacifista. A mediados de 1940, un año después de la invasión nazi, el doctor se encontraba ejerciendo en la aldea de Rozwadów, al este de la Polonia ocupada. Los alemanes estaban levantando ya la ingente red de campos de concentración, fábricas y minas que necesitaban para alimentar su maquinaria bélica. La mano de obra polaca, por

su cercanía, era fuente barata de recursos para el sistema nazi. Por la noche, con alevosía, la Gestapo mezclaba sus rituales de asesinatos al azar con el trillado de las aldeas polacas para reclutar a la fuerza mano de obra en una población ya diezmada por la hambruna y por las necesidades más elementales. La mayoría nunca regresó a sus casas. Hacía poco que el doctor Lazowski se había trasladado a aquella aldea desde su Varsovia natal. Recién casado y titulado, no temía por la deportación ya que el Ejército alemán necesitaba médicos judíos que controlaran las posibles epidemias «desde dentro» para ejercer un control más efectivo. Lazowski tenía la responsabilidad de informar de los brotes epidémicos en Rozwadów y pedanías aledañas. En las Navidades de 1941, el médico se encontró con el primer caso de tifus del pueblo: un joven aldeano con 40° de fiebre, jaqueca, escalofríos y dolores corporales, además de manchas rojas por todo el cuerpo, salvo la cara, las palmas de las manos y las plantas de los pies. Lazowski tomó una muestra de sangre y la envió al laboratorio, controlado lógicamente por los alemanes. Pero aquello le dio una idea. Con la ayuda de su colega Matulewicz, inyectaron la muestra a un paciente de la consulta que estaba desesperado por eludir el reclutamiento nazi. La prueba del tifus dio positivo a las cuatro horas y a los seis días, pero el paciente no desarrollaba ningún síntoma. Por tanto, el experimento era un éxito. Habían conseguido que la prueba arrojara un falso resultado positivo en una persona sana por primera vez en la historia, y sin que nadie más en el mundo lo supiera. Adjuntaron la muestra de sangre del primer paciente al laboratorio oficial nazi, cruzando los dedos de que no hubiera un nuevo y desconocido sistema de detección. A los dos días recibieron el famoso telegrama rojo: «¡Peligro, tifus! [...] Aíslen al paciente. Imposible pise suelo alemán». A partir de ese momento, los doctores diseñaron un complejo y estratégico plan para seudoinfectar a la mayor cantidad posible de polacos. Secretismo absoluto para con esposas y familia cercana. Dosificando los casos, y siguiendo las directrices marcadas en epidemias anteriores, intentaron imitar al máximo el comportamiento de un contagio natural. En verano disminuían las falsas infecciones pues los piojos (portadores de la enfermedad) eran menos comunes dado el aumento de la temperatura. En el otoño de 1942 iniciaron la mayor campaña de infección. Mientras Matulewicz preparaba las muestras, Lazowski se dedicaba a buscar pacientes con gripe u otros síntomas parecidos al tifus y, tras advertirles de que quizás padecían el tifus, les ponía una falsa inyección, diciéndoles que era para aumentarles la resistencia. Al poco tiempo, les llamaba para tomarles la muestra de sangre y enviarla al laboratorio. Tras hacer cuentas y ver el escaso número de civiles salvados, aumentaron el riesgo de ser descubiertos ideando un nuevo compuesto que simulaba la sintomatología del tifus de una forma inofensiva y pasajera. Así podían inocular el reactivo y engañar al control nazi. Las cifras aumentaron.

Todo parecía muy prometedor para el joven equipo médico hasta que los alemanes enviaron una inspección médica a la zona para verificar el alto número de casos de la «enfermedad» y la escasez de defunciones. El equipo, compuesto



de unos pocos médicos y demasiados soldados armados, se reunió con Lazowski a las afueras de la ciudad, donde un premeditado «banquete» esperaba a los nazis. Entre viandas y bebida, Lazowski consiguió reducir el grupo de inspección a sólo dos unidades, ambas perjudicadas por la bebida. Con ellos se dirigió al sanatorio, donde les esperaban infinitas muestras. No hubo más problemas. Toda la región se llenó de carteles marcando territorio contaminado.

Al terminar la guerra ambos médicos se separaron. Lazowski se instaló en Chicago en 1958 como pediatra y profesor de Medicina en la Universidad de Illinois y cuando se enteró del paradero de Matulewicz (médico en el Zaire) intercambió con él correspondencia. Finalmente, en 1977 confesaría al mundo sus hazañas a través de una revista estadounidense de microbiología.



Henry Ford escandalizó a sus colegas capitalistas cuando aumentó a más del doble los sueldos diarios de la mayoría de sus trabajadores en 1914, once años después de haber montado su primera fábrica de automóviles. Sabía lo que estaba haciendo. El poder adquisitivo de sus trabajadores aumentó, y el incremento de su consumo estimuló las compras en otras partes. Ford llamo a esto «el incentivo del salario».

William Martin (1907-1943) era un oficial naval británico, nacido en Cardiff. Su vida era aparentemente normal: le gustaba fumar e ir al cine y tenía una novia llamada Pamela. En 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, un accidente aéreo lo precipitó a las frías aguas del Mediterráneo, donde encontró la muerte. Esto era, al menos, lo que los alemanes tenían que creer, ya que, en realidad, aquel William Martin nunca existió, sólo era el protagonista imaginario de una sutil y delicada operación de inteligencia militar, ideada y dirigida por Ewen

Montagu, oficial del Servicio de Seguridad británico. Los aliados planificaban su desembarco en Sicilia (la llamada «Operación Husky»), para desestabilizar a Mussolini y abrir una cabeza de puente en el continente europeo en poder del Eje. La cantidad de hombres y recursos y la importancia de la operación hacían aconsejable que Hitler no imaginara lo que los aliados planeaban. Así que Montagu propuso inventar a William Martin. Prepararon el cadáver de un sujeto sin nombre, le vistieron con un traje de oficial y le proporcionaron todo aquello que un oficial británico llevaría (dinero, cigarrillos, chequera y una carta de su novia imaginaria). Pero el detalle crucial era una nota falsificada en la que se «informaba» de un ataque en dos frentes, Cerdeña y Grecia, y de que la operación en Sicilia era una artimaña destinada a distraer a Hitler. Un submarino arrojó el cadáver al mar, esperando que la corriente lo llevara hasta la ciudad española de Huelva, donde se sabía que había una célula de espías nazis que solía trabajar con diligencia. El cadáver fue encontrado, efectivamente, por unos pescadores onubenses y los alemanes fueron víctimas de su propia eficiencia: registraron el cadáver y mordieron el anzuelo.

El desembarco en Sicilia se efectuó el 10 de julio de 1943 y los aliados no se toparon con la resistencia que cabría haber esperado. Tras la guerra, al salir a la luz la correspondencia entre Hitler y Doenitz, se descubrió que el engaño había funcionado a la perfección. Los huesos del infortunado «Martin» terminaron descansando en el cementerio de Nuestra Señora de la Soledad de Huelva, bajo una lápida en que se leía: «William Martin. Nacido el 25 de marzo de 1907 y muerto el 24 de abril de 1943. Hijo adorado de John Glydwyr Martin y de la difunta Antonia Martin de Cartiff Gallos. *Dulce et decorum est pro patria mori. Requiescat in pace*». La historia la contó Ewen Montagu, el cerebro de la operación, en un libro que publicó en 1953 y en el que se basó la película *El hombre que nunca existió*. Curiosamente en aquella tumba siempre hubo flores frescas, que colocaba una misteriosa mujer. En 2002 se supo por fin su identidad: se trataba de Isabel Naylor, hija de un trabajador inglés de la Riotinto Limited Company, que siguió con la tradición que había empezado su padre cuando ella era pequeña. La auténtica identidad de William Martin también fue un secreto hasta que en 1996 un historiador británico encontró evidencias de que se trataba de Michael Glyndwr, vagabundo inglés que se había suicidado tomando veneno para ratas.

El prestamista y senador romano Marco Licinio Craso (h. 115-53 a. C.) que ha pasado a la historia porque en el año 60 a. C. formó, junto con Pompeyo y Julio César, el primer triunvirato, tenía además otras ocupaciones. Según parece, Craso organizó lo que se ha considerado el primer servicio de «bomberos» en la ciudad de Roma. Esto habría sido positivo si además no hubiera organizado también un grupo de incendiarios que le procurase trabajo al otro grupo y pingües beneficios a él. Sus servicios estaban condicionados por una extraña norma: cuando se le notificaba que una casa estaba ardiendo, en primer lugar se la compraba al dueño y después apagaba el fuego. Si el propietario no quería vendérsela, dejaba que la casa se quemara.